

EL NIÑO DIABLO

G. E. HUDSON

La dilatada llanura surcada por alta grama; un vasto disco plano, ya obscureciéndose, rodeado por el horizonte en un círculo tan perfecto como el que formara una piedrecilla al ser soltada sobre tranquilas aguas. En lo alto, un cielo de junio, transparente, pálido, invernizo, ostentando todavía hacia el Oeste los tintes azafranados del crepúsculo con matices grises, violáceos. En el medio del disco se yergue un rancho, grande, chato, con techo de amarilla totora. En su redor crecen algunos achaparrados arbolillos, y hay corrales para la hacienda; en las sombras se vislumbran vagamente las reses y ovejas que descansan.

Al lado de la tranquera está Gregorio Gorostiaga, dueño del rancho, del campo circundante y de sus rumiantes majadas. Desensilla sosegadamente su caballo, pues todo lo que hace Gregorio lo hace con sosiego. A pesar de que no hay nadie al alcance del oído, Gregorio habla continuamente, mientras atiende a su tarea, ya retando a su nervioso animal, ya maldiciendo de sus entumecidos dedos y los apretados nudos en el apero. Una maldición cae fácilmente, y no sin cierta gracia natural, de los labios de Gregorio; es la plumita untada de aceite con la cual lubrica todo nudillo difícil que encuentra en la vida. De rato en rato, mira, de soslayo a la puerta abierta de la cocina, de donde parten la lumbre del fogón y conocidas voces, a la vez que llegan hasta las ventanillas de su natitosos olorcillos de cocina, cual bien venidos mensajeros.

Una vez desensillado su caballo, éste, viéndose libre, se aleja al galope, relinchando gozosamente, a buscar a sus compañeros de potrero; pero Gregorio no es cosa en cuatro patas para darse prisa, de modo que, pisando despacio y deteniéndose con frecuencia para mirar en su rededor, como quien deja muy mal de su grado el aire fresco de la noche, torna hacia la habitación.

La espaciosa cocina estaba iluminada por dos o tres candiles y por un gran fuego que ardía en el fogón, en el centro del apisonado suelo; el fuego proyectaba infinidad de oscilantes sombras sobre los muros, e inundaba la estancia de su grato calor. Había, fijas en la pared, una porción de cabezas de venados, lazos, ristras de ajos y

cebollas, hierbas secas para sazonar, y otros varios objetos. Asándose al fuego había un trozo de carne, metido en un asador; y en una gran olla, suspendida de un gancho, con su cadena fija en la **cumbreira**, hervía y gorgoteaba un océano de caldo de carnero, que soltaba blancas nubecillas de vapor, oliendo a hierbas aromáticas y cominos. Al lado del fuego, friendo empanadas en una sartén, estaba sentada, con una espumadera en la mano, doña Magdalena, la rosada y rolliza esposa de Gregorio. Allí asimismo, en una silla de alto espaldar, se hallaba sentada Ascensión, su cuñada, una solterona, cuyo rostro estaba cubierto de arrugas; también la suegra, una anciana de blancos cabellos, que miraba vagamente al fuego. Al otro lado del fogón estaban las dos hijas mayores, ocupadas en ese momento en cebar mate, aquella inofensiva de cocción amarga, cuyo sorbo ocupa tantos ociosos momentos, desde el amanecer hasta la hora de acostarse. Las muchachas eran bonitas, con ojos de paloma, de unos dieciséis años de edad y ambas se llamaban Magdalena, no por ser ése el nombre de pila de la madre, o por gustarles la confusión; eran Mellizas, y habían nacido el día de Santa Magdalena. Soñolientos perros y gatos estaban dispuestos convenientemente alrededor del suelo, Como asimismo cuatro chiquilines. El mayor, un hombrecito, estaba sentado en el suelo, con las piernas estiradas, cortando tientos de una lonja que tenía fija al dedo gordo del pie. Los dos que se seguían de él, varón y mujercita, estaban jugando un sencillo juego de bolas, las líneas habían sido trazadas descuidadamente en el suelo apisonado, y las piezas con que jugaban eran pedacitos de greda endurecida, nueve rojas e igual número de blancas. La menorcita, una niñita de cinco años, estaba sentada en el suelo, acariciando a un gatito que roncaba de contento en su faldellín y guiñaba soñolientamente sus ojos azules al luego, y mientras la niña se mecía de un lado a otro, cantaba en su vocesita infantil un antiguo arrullo:

A-ro-ró mi niño
A-ro-ró mi sol,
A-ro-ró pedazo

De mi corazón.

Gregorio permaneció un momento en el umbral de la puerta, contemplando esta escena doméstica con manifiesto placer.

-Papito mío, ¿qué cosa me habés traído? -dijo la niña con el gato.

-¿Qué cosa ser, interesada? Bigotes tiesos de frío y las manos heladas pa piyiscar tu carita toita mugrienta. ¿Cómo está su, refrío bota noche, mamita?

-Sí, hijo, hace mucho frío esta noche; eso ya lo sabíamos antes que vos dentaras -repuso la anciana impacientemente, acercando su banco más al fuego.

-Eh' inútil hablarle -reparó Ascensión- Estando ella de mal humor, se pone más sorda que una tapia.

-¿Qué ha pasado pa ponerla de mal humor? -preguntó Gregorio.

-¡Yo te lo contaré, papito! -exclamó una de las mellizas-. No quiso por nada dejarme armar tus cigarrillos hoy día, y se sentó al lao'e ajuera pa hacerloh' ella mesma. Jué después del almuerzo, cuando calentaba el solcito.

-Y, claro, que se quedó dormida -terció Ascensión.

-¡Ay! Dejemé a mí contarle, tía -exclamó la otra-. Pues se quedó dormida y al tiro el corderito guacho de Rosita y se comió toita la hojah'e tabaco que tenía en la falda.

-¡No es ciertol! -gritó Rosita, levantando la mirada de su juego-. Yo mesma le abrí la boquita y miré p'adentro y no había ninguna hoja'e tabaco.

-¡Ay! ¡Ese corderito, ese corderito! -dijo Gregorio socarronamente-. No hay que estrañarse que noh'estemos poniendo canosoh' antes de tiempo, ¡todos menos Rosita! Recordame mañana, mujer, de llevarlo p'ande están lih' otrah' ovejas, aso ha engordado con toita esa hoja'e tabaco, delantares y zapatos viejos que ha comido...

-¡Ay, no, no, no! -gritó Rosita poniéndose de pie y dejando las piezas del juego en confusión en el momento preciso en que, su hermanito había formado una hilera y estaba en el acto de tomar triunfalmente una de sus piezas.

-¡Calla, m'hijita, no séas sonsa; él no va a lastimar a tu corderito!
-dijo la madre pausando en su tarea y alzando los ojos, que lagrimeaban con el humo del fuego y del cigarrillo que tenía entre sus bienhumorados labios-. Y aura, si estos chicos han acabao'e hablar de sus asuntos tan importantes, decime, Gregorio, ¿qué noticias traés?

-Dicen -repuso, sentándose y tomando el mate de manos de su hija- que los indios invasores traen setecientas lanzas y que los que primero leh'icieron frente, jueron toitos muertos. Algunos dicen que se están retirando con la hacienda que han matriao; otros mantienen que están esperando pa peliar contra los nuestros.

-¡Oh, m'ijos, m'ijos; qué irá a ser d'ellos

-exclamó Magdalena, prorrumpiendo en lágrimas.

-¿Por qué llorás, mujer, antes que Dios te dé causa? -replicó su marido- ¿Qué, no han nacido nuestroh'ijos pa peliar contra el infiel? Nuestro h'hijos no son loh' únicos..., todos auh'amigos y vecinoh' están en la mesma.

-¡No me digá vos eso a mí, Gregorio, que yo no soy tonta ni ciegal ¡Todos suh' amigos! ¿No habré visto yo mesma al **Niño Diablo**? Pasó a todo galope por aquí, chiflando como una perdiz que no tiene cuidao. ¿Por qué han de ser enrolaos mis doh'ijos, mientras qu'él, un muchacho sin destino y sin madre que lo llore, se queda atrás?

-No digás pavadas, Magdalena -repuso Gregorio-. Quejate si querés, que el ñandú y la puma son más favorecidos que tuh'ijos, dende que naides loh' ace servir en el ejército; pero no mentéh al **Niño**, porque él es más cimarrón que toito lo cimarrón que ha criado el Padre Eterno, y no pelea ni de un lao ni' el otro.

-¡Cobardel ¡Sinvergüenzal -murmuró la encolerizada madre.

En oír esto una de las mellizas se puso como la grana, y repuso:

-¡No eh' un cobarde, mama!

-Y si no eh' un cobarde, ¿cómo es que se lo pasa sentao al lao'e el jogón entre las mujeres y los viejoh' en tiempos como éstos? ¡Me da pena oír a una hija mía defendiendo a un atorrante y matrero!

Los ojos de la muchacha brillaron airadamente, pero no dijo una palabra.

-¡Callate la boca, mujer, y no acuseh' a naides de matreriar! -dijo Gregorio-. Que cada cristiano cuide bien a auh` animales; y en cuanto a los fletes del infiel, eh' una virtud robarlos. Lo que dice la niña es la purita verdá; el **Niño Diablo** no eh' un cobarde, pero no pelea con nuestrah' armas. La tela'e araña es tosca y mal hecha comparada con la malicia qu'él usa para enriedar a su presa.

Entonces, fijando su mirada en el rostro de la muchacha que había hablado, añadió: "Por consiguiente, estate alerta a tiempo, m'ijita, y no caigáh' en el lazo del **Niño Diablo**." La muchacha tornó a ponerse como una grana y bajó la cabeza.

En ese momento se oyó por la puerta abierta el estampido de un caballo galopando; y también el tintineo de un cencerro y los gritos de un viajero que arriaba su tropilla por delante. Los perros se despertaron, casi volcando a los niños en su afán por salir, y Gregorio se puso de pie para averiguar quien era el que llegaba metiendo tanto alboroto.

-Yo sé, papito -grito uno de los niños. Eh' el tío Policarpo.

-Tenés razón, m'ijita -dijo el padre-. El primo Policarpo siempre llega'e noche.

Y con eso salió de la cocina a darle la bienvenida a su bullicioso pariente.

Luego el viajero, espoleando a su caballo, que espantado de la luz daba bufidos, llegó a dos pasos de la tranquera. En unos pocos minutos lo desensilló, maneó a la madrina y dejó a la tropilla que se alejara en busca de pastoreo; entonces los dos hombres entraron a la cocina.

Bajo, corpulento, de unos cincuenta años de edad, llevando un chambergo bien encasquetado en la parte de atrás de la cabeza, con ojos verdosos y truculentos, bajo cejas arqueadas y peludas, y una nariz contrahecha que descollaba sobre un cerdoso bigote, tal era el primo Policarpo. Estaba cubierto desde el cuello hasta los pies con un poncho de paño azul, y calzaba un enorme par de espuelas de plata que rechinaban sobre el suelo como las cadenas de un presidiario. Después de saludar a las mujeres y de echar su bendición de tío a los chicos, quienes lo habían solicitado como si fuera una merced inapreciable, se

sentó y terció el poncho exponiendo al cinto un largo facón con mango de plata y un enorme trabuco.

-¡Alabao sea Dios, Madalena! -dijo-. Con empanadas y hierbah' aromáticas, tu cocina es máh' olorosa que un jardin de flores. Ansí es como me gusta, pues no he probao otra cosa que caña en todo este día tan frío. Y los chicos siempre peleando, me dice Gregorio. 'Sta güeno. Cuando las águilas hallan suh' alas, que ensayen suh' uñas. ¿Cómo es esto, prima, que te veo do por los muchachos? ¿Entonces, querés que sean niñas?

-¡Sí, mil veces! -repuso ella, enjugándose las lágrimas con el delantal.

-¡Ay, Madalena!, las hijas no pueden ser siempre jóvenes y bonitas como ese par de perdices que tenía ay. Se ponen viejas, prima..., viejas y feas y malas, y máh' amargas y inútiles qu'el zapallo cimarrón. Pero yo no hablo de los que están aquí presentes, porque por nada diría yo algo que pudiese ofender a mi respetable prima Ascensión, que Dios guarde muchoh'años, aunque nunca se ha casao.

-Oíme, Policarpo -repuso la dama ofendida, a quien había aludido su primo de un modo tan picante-. No digás nada de mí, ni me hablés siquiera, y yo haré lo mesmo con vos, porque sabés que si yo quisiera hablar, podría decir miles de cosas de vos.

-¡Basta, basta, ya las habés dicho tarnién miles de veces! -interrumpió él-. Ya sé todo eso prima; no digamoh' otra palabra.

-Ni pido más -dijo ella, porque nunca jamás me ha gustao cambiar palabras con vos; y sabés vos, sin que haiga necesidad de recordártelo, que si estoy soltera no es porque algunoh' ombres a quienes podría mentar si quisiera -no hombres muertos, sino vivos no se habrían casao con mucho gusto, conmigo, sino porque prefiero mi libertá y la hacienda que heredé de mi padre; y no veo gran ventaja en ser la mujer de uno que es camorrista, borracho y que gasta la plata de otra gente, y qué sé yo qué más.

-¡Ya empezó! -dijo Policarpo apelando al fuego-. ¡Ya sabía yo que había metido la pata en algún nido de hormigas coloradas! ¡Eso es lo que me pasa por descuidao! Pero endeveras, Ascensión jué

afortunado pa vos en esos días tan lejanos que tus pretendientes no hicieron mella en tu corazón. Porque las mujeres, como la hacienda, que siempre debe ser marcada con la seña'e su dueño, tienen que aprender, primero que todo, a someterse a sus maridos; ¡y pensá no más, prima..., qué lágrimas!, ¡qué sufrimientos!

Y habiendo terminado tan de rondón, apoyó sus codos en las rodillas y se ocupó en el cigarrillo que con sus dedos entumecidos, y entorpecidos por la caña, se esforzaba por liar hacia ya más de cinco minutos.

Ella dio un nervioso tirón al pañuelo colorado que llevaba en la cabeza y desembarazó. la garganta de alguna flema, produciendo a la vez un agudo y corto sonido como el chillido de una golondrina, cuando...

-¡Madre de Díos, que me habeh' asustao! -gritó una de las mellizas sobresaltada.

La causa de esta inesperada exclamación fue la presencia de un joven sentado tranquilamente en el banco al lado de la muchacha. Un minuto antes no había estado allí, y nadie lo había visto entrar en la habitación... ¡No era, pues, de admirar que la muchacha se hubiera sobresaltado! El mozo era enjuto de cuerpo y tenía las manos y los pies pequeños; su cara ovalada, de color de aceituna, era suave como la de una joven, salvo el incipiente bigote que combrea el labio superior. En vez de sombrero sólo llevaba una vincha de color de grana en torno de la cabeza, para mantener atrás el negro polo lustroso que le colgaba hasta los hombros; estaba envuelto en un poncho indio, blanco, de lava, y cubrían sus piernas un par de botas de potro, también blancas, con las lacres borlas de sus ligas bordadas colgando hasta cerca del tobillo.

-**"El Niño Diablo"** -gritaron todos a la vez y su apariencia produjo entre los niños el más vivo placer. Pero el viejo Gregorio, fingiendo estar enojado, exclamó:

-¿Por qué te dejás cair siempre de esta manera tan a escondidas, **Niño**, como la lluvia que pasa por un techo que ale llueve? Guardá esas cosas pa tus visitah' al país de los infieles; aquí semos todos cristianos

y alabamoh' a Dios cuando llegamoh' a la tranquera del rancho'e un vecino. Güeno, Niño ¿qué noticias tenés de los indios?

-Yo no sé nada y menos me importa -repuso la visita riendo levemente.

De pronto, todos los niños lo rodearon, pues consideraban que el Niño les pertenecía a ellos y no a los mayores con sus solemnes pláticas de la guerra con los indios y de caballos perdidos. "Y aura, aura -se decían-, terminará aquel maravilloso, cuento, tan largo en contar, de esa niñita perdida. en el desierto, solita su alma y rodeada de todos los; animales salvajes que se habían reunido para discutir lo que harían con ella." Era un espléndido. cuento; hasta la madre escuchaba, aunque pretendía, todo el tiempo, estar sólo pensando en freír sus empanadas; y el narador, como los grandes ysus emp viejos historiadores de otros tiempos, ponía sus más elocuentes dichos, tomados todos de su cabeza, en boca -y en picos- de los diversos protagonistas: pumas, avestruces, venados, carpinchos y otros cuantos.

En medio del cuento, se anunció la cena, y todos se acercaron de buena gana alrededor de una fuente de aquellas empanadas hechas por Magdalena, rellenas de carne picada, huevo duro cortado en pedacitos, pasas de Corinto, todo bien aliñado. Después de las empanadas se sirvió el asado; y, por último, grandes platos de caldo de carnero oliendo a hierbas aromáticas y cominos. Saciado el apetito, cada uno, repitió una oración; los mayores murmurándolas con cabeza inclinada y los niños de rodillas, levantando sus vocecitas agudas. Entonces, en conclusión, siguió la medio religiosa ceremonia diaria, en que cada niño, por turno, pide la bendición al padre, a la madre, a la abuela, al tío, a la tía, y, en este caso, ni omitiendo al **Niño Diablo** de malsonante nombre.

Los hombres sacaron sus tabaqueras y empezaron a liarse cigarrillos, mientras los niños volviéronce a acercar al narrador, sus rostros resplandecientes de anticipado placer.

-¡No, nol -exclamó la madre- No más cuentos esta noche... ¡a la cama, a la cama!

-¡Ay, mama, mama! -exclamó, Rosita luchando por desprenderse de su brazos, pues la buena mujer se había lanzado entre ellos para hacerse obedecer-. ¡Ay, déjeme quedarme hasta que acabe el cuento, mamita! ¡Si supiera usted las cosas que ha estao diciendo el gato pampeanol ¡Ay, qué irán a hacer con la pobre niña!

-¡Y ay, mamita mía! -sollozó soñolientamente su hermanita-. Y el peludo que no..., que no dijo nada porque no tenía nada que decir, y la perdiz que silbaba y dijo... -y aquí prorrumpieron en un prolongado sollozo. Los hombrecitos tambiénañadieron sus voces al coro general, hasta que la gritería se hizo inaguantable, y Gregorio se puso de pie y pidió su rebenque; fue sólo entonces que cedieron, y siempre sollozando y dirigiendo muchas ávidas miradas hacia atrás, fueron llevados de la cocina.

Durante esta escena, el **Niño** se había estado se. creteando con la bonita Madgalanel de su preferencia, sin preocuparle en lo más mínimo el alboroto, del cual era indirectamente la causa; sordo era también a los punzantes comentarios que lanzaba Ascensión respecto a gentes que, no teniendo. hogar propio, eran aficionados a hacerse los convidados en casa ajena, y que pagaban dicha hospitalidad robándose el amor de las hijas sonsas, y enseñando a los hijos a sublevarse contra la autoridad paternal.

Pero el bullicio y la confusión había servido para despertar a Policarpo de su modorra; pues, como una boa, se había hartado después de su largo ayuno, y la cena le había adormecido. Volviéndose a su primo, le cuchicheó gravemente:

-¿Quién es este joven, Gregorio?

-¿En qué rincón del mundo te habés vos escondido que preguntás quién eh'el **Niño Diablo**? -replicó el otro.

-¿Es que debo conocer entprices la historia'e toitos los perros y gatos en la vecindá?

-El **Niño** no es ni perro ni gato, primo, sino un hombre entre hombres, como un falcón entre lah' aves. A la edá'e seis años loh' indios mataron a toitos sus parientes y se lo llevaron cautivo. Despues de cinco años de cautiverio, se juyó d'ellos, y, guiao por el sol y lah'

estrellas, enderieso pa'l país de los cristianos, trayéndose muchos lindos fletes, que les robó; tamién trajo el nombre'e **Niño Diablo** qu'ellos le dieron. No le conocemos nengún otro.

-Stá güeno el cuento; me gusta..., me gusta mucho -dijo Policarpo-. Y ¿qué más, Gregorio?

-Más de lo que te puedo contar. Cuando él se arrima a este rancho, los perros no tolean...

¡quién sabe por qué sus pisadas son más calladitas que las de un gato; pa él el caballo cimarrón se güelve manso. Siempre está metido ande hay más peligro, y, sin embargo, no le pasa nada, ni siquiera un rasguño. ¿Por qué? Porque se agacha como el falcón, da su golpe y güela, ¡sólo Dios sabe ánde!

-¡Qué cosas tan raras son estas que me estás contando, Gregoriol ¡Eh' estraordinario!; y ¿qué otra cosa?

-Con fricuencia enderiesa pa'l país de loh' indios y vive con toa libertá entre ellos, disfrasao. Le hablan a él del **Niño Diablo**, diciéndole que apenas pillen al ladrón lo cueriarán vivo. Leh' escucha sus cuentos, entonces los deja, llevándose sus mejores ponchos y enchapados, y la flor de sus fletes.

-¡Valiente el muchachol ¡Ansí me gustan, Gregorio! ¡Qué el cielo lo defienda y Dios prospere toitas sus despeticiones al territorio'e loh' indios! Antes que me vaya esta noche le daré un abrazo y le ofertaré mi amistá, que valé algo. ¡Decime algo más, Gregorio!

-Te digo estas cosas pa qu' estéh' alerta; mucho, cuidado con tus caballos, primo.

-¡Pucha! -gritóel otro, alzándose de su postura en cuclillas. y mirando a su pariente con asombro, a la vez que se le encendían los ojos en cólera.

La conversación se había sostenido en voz' baja, y la fuerte y repentina interjección de Policarpo sobresaltó a todos..., a todos menos al **Niño**, quien continuó fumando y platicando alegremente con las mellizas.

-¡Ay, juna! ¿Qué jué lo que dijiste, Gregorio? -prosiguió Policarpo, dándose fuertes palmadas en el muslo y **requintándose** el chambergo.

-¡Mucha prudencial -murmuró Gregorio-. No digás nada que ofenda al **Niño**; jamás perdona a un enemigo... que tenga tropilla.

-¡No me hablés de prudencia a mí! -vociferó el otro- ¡Me tocás en lo vivo y entoavía me aconsejás prudencial! ¡Pucha! ¿No habré yo, a quien la gente llama **Policarpo del Sur**, luchao con los pumas en el desierto, y querés vos decirme que tengo que quedarme callao ante un mocoso... un mocoso'el diablo? Decime lo que querás, primo, y soy mansito... mansito como un niño'e teta; pero no tratés de mis fletes, porque entonces soy un torbellino, un incendio, un río que se desborda; ¡toda juria y crueldá, como un malón de indios! ¡No hay quien se me ponga por delante! ¡Ni costillas de acero protegen entonces! ¡Mirá este facón! ¿Sabés por qué está la hoja manchá'e sangre? ¡Escuchá! ¡Porque ha sido enterrao en el corazón de un ladrón Y con eso desenvainó su largo facón y lo blandió furiosamente tirando tajos y reverses a un adversario imaginario, suspendido en el aire, sobre el fogón.

Las bonitas muchachas, pálidas del susto, enmudecieron, temblando, como las hojas del álamo; la abuela se alzó de su banco, y agarrando su chal, salió precipitadamente del aposento, haciendo pinitos, como los niños, a la vez que Ascensión dejaba escapar un resoplido de desprecio. Pero el Niño continuó platicando y sonriendo, mientras tenues nubecillas de humo escapaban de sus labios. No prestó la menor atención a la tormenta que se armaba delante de él, hasta que el hombre de guerra, viéndolo tan sereno, envainó su cuchillo, y mirando en torno suyo y bajando la voz a su diapasón habitual, informó a sus oyentes que su nombre era Policarpo, conocido y temido por todo bicho viviente, especialmente en el Sur; que estaba dispuesto a vivir en paz y amistad con toda la raza humana, y que, por consiguiente, lo consideraba desrazonable que algunos hombres lo siguieran por el mundo, pidiéndole que los matara.

-Tal vez -concluyó con cierta ironía piensen que yo gano algo con matarlos. Eh' un error, mis güenos amigos; ¡no gano nadal No soy carancho yo, y sus cadáveres no me sirven pa nada.

En terminando Policarpo de decir esto, el **Niño**, de repente, hizo además de imponer silencio, y volviendo el rostro hacia la puerta, con las narices dilatadas, sus ojos parecieron engrandecer y ponerse luminosos, como los de un gato.

-¿Qué oís, **Niño**? -Preguntó Gregorio.

-Oigo el chillido'e los teros -repuso.

-Tal vez le estén chillando a un zorro no más, -dijo el otro- Pero andá a la puerta, **Niño**, y escuchá.

-No hay necesidá -replicó el **Niño**, dejando caer la mano y desapareciendo aquella repentina agitación que había iluminado su rostro-. Es sólo un paisano a caballo que viene en esta direccióna todo galope.

Policarpo se puso de pie y fue a la puerta, diciendo que cuando uno se encontraba entre ladrones, era preciso cuidar bien su hacienda. Entonces volvió y tornó a sentarse.

-Tal vez -reparó, con una mirada de soslayo al **Niño**- sería mejor aguaitar al ladrón. Eh' una mentira, Gregorio, eso'e los teros; los teros no están gritando, ni tampoco hay naides a caballo que venga al galope. La noche está serena, y la tierra calladita como el sepulcro.

-¡Sé prudentel -volvió a cuchichear Gregorio-. ¡Ay, primo! Siempre travesando, como un gatito; ¿cuándo irás a ser hombre maduro y serio?¿Qué, no podés ver una culebra durmiendo sin golverte a un lao para moverla con la pata pelada?

Por raro que parezca, Policarpo guardó silencio. Una larga experiencia de peleas le había enseñado que estos hombres insensibles eran, con bastante frecuencia, como culebras venenosas, rápidas y mortíferas cuando se les despertaba. Se puso a observarlo disimuladamente.

Todos escuchaban ahora con atención. Entonces dijo Gregorio:

-Contanos, **Niño**: ¿qué vocecitas, finas como el zumbido de un mosquito, oís vos venir de ese gran silencio? ¿Es que la comadreja en

su cueva ha puesto a dormir a suh'ijitos, mientras ella va enbusca'e un nido'e calandria? ¿Se han encontrao el zorro y el peludo, pa desafiarse a nuevas pruebas de juerza y de astucia? ¿Qué está diciendo en este momento el lechuzón a su china, mientras alaba a sus grandeh'ojós verdosos?

El mozo sonrió levemente; pero no contestó, y durante unos cinco minutos todos escucharon, hasta que se oyeron acercarse cascos de caballos. Los perros se pusieron a ladrar, los caballos a dar resoplidos, y Gregorio se alzó de su asiento y salió a recibir al roncador nocturno. Luego se apareció éste, azotando con su rebenque a los enfurecidos mastines que ladraban en rededor; era un hombre de rostro pálido y cabellos desordenados, y espoleaba furiosamente a su caballo, como un loco, o como quien huye de una pandilla de bandidos.

-¡Ave Maríal -vociferé, y cuando oyó el "Sin pecado concebida", el desconocido, con cara desencajada, se acercó, e inclinándose del caballo dijo:

-Digamé, amigo: ¿ está con ustedeh' uno a quien llaman el **Niño Diablo**? Porque me han dicho que en este rancho lo hallaría.

-Stá allá adentro, amigo -repuso Gregorio-Sigamé nomás, y lo verá con sus propios ojos. Pero vea, amigo, desensille primero, pa que se revuelque su flete antes que se le saque el sudor.

-¡Cuántos fletes no -he corrido esta noche en la última carrera que jamáh echarán, por este asunto! -manifestó el desconocido, quitándole rápidamente la montura y los pellones al caballo-. Pero, dígame otra cosa, amigo: ¿está güeno y sano el **Niño Diablo**...? ¿No está enfermo? ¿No ha tenido nengún percance, al.-ún güeso roto o un pie torcido?

-Amigo -repuso Gregorio-, he'oído que hace una punta'e tiempo le pasó una mano a la luna; pero jamás he oído que le haiga pasao una al **Niño Diablo**.

Asegurado sobre este punto, el desconocido siguió al dueño de casa a la cocina, hizo sus saludos y se sentó al lado del fogón. Era un hombre de unos treinta años, buen mozo, de rostro macilento, los ojos inyectados, sus modales intranquilos, y se veía como uno a quien una gran calamidad ha vuelto medio loco. La hospitalaria Magdalena le

servió algo y le instó a que comiera. Consintió, aunque mal de su grado, y engulló su cena en pocos momentos, murmurando después una oración; entonces, ojeando con curiosidad a los dos hombres sentados cerca de él, se dirigió al corpulento, bien armado y temible Policarpo: -Amigo -dijo, aumentando su agitación a medida que hablaba-, hace cuatro días que lo ando buscando, sin comer y sin descansar, tan grande es mi necesidad que usted me ayude. Sólo usted, después de Dios, puede ayudarme. Ayúdeme en este trance, y la mitad de toita mi hacienda será suya, y los angeles del cielo celebrarán su hazaña.

-¿Qué, está usted loco o borracho? -preguntó Policarpo.

-Señor -repuso el desconocido con gravedad-, no he probao vino hace muchos días, ni tampoco me ha güelto loco mi gran pena.

-Entonces, ¿qué es lo que le pasa a este hombre? -musitó Policarpo-. ¡Hum! Tal vez sea miedo, porque tiene la cara blanca como uno que ha visto a loh' indios.

-¡Ahál ¡Loh'e vistol Juí uno de los desgraciaos que primero leh' icieron frente, y la mayor parte'ir e loh' amigos que me acompañaron sirven aura de comida pa los perros cimarrones. Ande estaban nuestros ranchos, sólo quedan cenizas y manchas de sangre en el suelo. ¡Oh, amigo!: ¿qué, no endivina por, qué pensé sólo en usted cuando me pasó esta gran desgracia..., por qué he andao día y noche buscándolo?

- ¡Ay juna! -exclamó Policarpo-, ¿en qué pantano quedará meterme este hombre? Una vez por toas, le digo que no le entiendo. ¡Déjeme en paz, **pajuerano**, o peliaremos! aquí tocó significativamente su arma.

En esto, Gregorio, que siempre obraba con calma en todo, lo creyó oportuno intermediar:

-Usted está equivocado, amigo -dijo-; el **Niño Diablo**, por quien me preguntó, eh' el mozo que está sentao a su izquierda.

Una expresión de asombro, seguida por otra de intenso alivio, cruzaron el rostro del desconocido, y volviéndose al joven, dijo:

-Perdóneme, amigo, que me haiga equivocao; tal vez sea la pena la'que me ha nublaio la vista; pero a veces no podemos distinguir entre

la hoja'e fierro y la de acero. Es sólo cuando lah' emos probao que descubrimos cuál es la de fierro y tirándola al suelo, guardamos l'otra y les confiamos nuestras vidas. Las palabras que yo he dicho eran pa usted, usted lah' a oído.

-Dígame en qué puedo servirlo -preguntó el **Niño**.

-¡Qh, señor! Usted puede hacerme el servicio más grande. Puede devolverme a mi mujer, que he perdido. Los salvajes se la han llevao cautiva. ¿Qué puedo hacer pa salvarla...,yo que no puedo hacerme invisible, ni volar como el viento? -aquí inclinó la cabeza y cubriéndose el rostro, se abandonó a su gran pena.

-¡Anímese, amigo! -dijo el otro, rozándole suavemente el brazo-. Yo se la degolveré.

-¡Ay, cómo puedo agradecerle eso que dice! -exclamó el infeliz hombre, agarrándole la mano y apretándola.

-Digamé cómo se llama su mujer..., descríbamela.

-Se llama Torcuata. Torcuata de la Rosa. Será un dedo máh' alta que esta niña -dijo, señalando a una de las dos mellizas, que estaba de pie-; pero no es morena; tiene las mejillas coloradas... ¡No, no! Me olvido que aura estarán blancas, más blancas que la cuajada, y con manchas oscuras debajo'e loh'ojos. Tiene el pelo castaño y loh' ojoh' azules, pero muy, muy oscuros. Mírelos con atención, amigo, no vaya a ser que los crea negros y la deje allá que se muera.

-¡Nunca! -terció iGregorio, sacudiendo la cabeza.

-¡Basta, amigo! Basta con lo que me ha dicho -dijo el **Niño**, liándose un cigarrillo.

-¡Basta! -repitió el otro asombrado-. Pero es que usted no sabe; ella es todo pa mí; usted tiene mi vida en sus manos. Había ido a pagarle los sueldos a los puesteros, cuando lo'h' indios se dejaron caer red repente, y quemaron mi rancho en la Chilca, a l'orilla' el Langueyú, y se llevaron cautiva a mi mujer, mientras y estaba yo ausente. Pero se leh' han escapao a loh' infieles ochocientas reses, que quedaron rezagadas, y la mitá serán pa usted, además de la mitá'e toita mi hacienda.

-¡Reses! -repuso el Niño sonriendo y acercando un tizón vivo a su cigarrillo- Tengo bastante que comer, sin tener que molestarte cuidando que comer, ganado.

-Pero si le he dicho que tengo otras cosas también -dijo el desconocido con tono de aflicción.

El joven se rió y se alzó de su asiento.

-¡Oigamé! -exclamó- Vi'aura mesmo a perseguir a loh' indios... Tal vez me entrevere con ellos. Están retirándose despacio, no pudiendo dir ligero con cuanto han robao. En quince días váyase al Tandil y esperemé ay. En cuanto a tierras, si Dios leh' a dao tantas a los ñanduces, no es cosa de mucho valor.

Entonces se inclinó hacia la muchacha que estaba a su lado, para decirle algunas pocas palabras al oído, y en seguida, dirigiendo un simple "buenas noches- a los demás, salió ligeramente de la cocina. La muchacha, por otra parte, también se precipitó de la habitación, para ocultar sus lágrimas del ojo avizor de su madre y su tía.

Entonces, el desconocido, reponiéndose del asombro que le causara la terminación tan brusca de la plática, se levantó gritando en alta voz:

-¡Esperesé...! ¡Esperesé un momentito, una palabrita más! -y salió precipitadamente en pos del mozo. Vio al Niño a cierta distancia del rancho, a caballo, inmóvil, como si esperase para hablarle.

-Esto es lo que quería'ecirle -indicó el Niño, inclinándose hacia el desconocido- Güélvase a Languyú y redifique su rancho, y aguardemé hasta que le traiga a su mujer en un mes más. Cuando le dije que juera al Tandil en unos quince días más, jué sólo pa engañar a ese mal intencionao de Policarpo. ¿Cómo podría yo andar cien leguas de ida y otras cien de güelta en quince días? No le diga palabra a naides de todo esto. Y no tenga cuidao si era que no güelgo con su mujer en la fecha que le he di tome un poco'e plata que me ha ofertao y pidalé a algún cura que diga una misa por el reposo'e mi alma; porque si ansí juera, misa pnengún hombre jamás me verá otra vez, y los caranchos se estarán quejando'e que ya no queda carne en mis guesos.

Durante este breve coloquio, y después, cuando Gregorio y su familia se fueron a acostar, dejando al desconocido que durmiera en la

cocina, sobre sus pellones, al lado del fogón, Policarpo, quien había jurado rotundamente no cerrar los ojos en toda la santa noche, se ocupó en asegurar a su tropilla. Arreándola a su casa, ató a los caballos a la tranquera, a unos ocho metros de la puerta de la cocina. Entonces se sentó al lado del fogón fumando y dormitando; maldijo a su boca seca y asoñolientos ojos, que tanto le costaba mantener sus abiertos. Alrededor de cada quince minutos se alzaba de su asiento y salía de la cocina, para asegurarse si la tropilla estaba siempre allí. Por último, al levantarse, un poco después de medianoche, su pie tropezó con algún objeto de metal; era un cencerro singularmente parecido al que tenía atado a la madrina de su tropilla. Llevándolo consigo, se dirigió a la puerta, y mirando afuera, vio ¡que la tropilla había desaparecido! Ocho caballos; siete tordillos, cada uno rápido y seguro, sanos como el cencerro que llevaba en la mano, y taniguales uno con otro como lo serían siete huevos de color de clarete en el nido de un tinamú; y el octavo, la mansa yegua overa, la madrina a la cual sus caballos amaban y hubieran seguido hasta el fin del mundo, ¡ay!, ella también había desaparecido, montada por ese maldito ladrón.

Se precipitó afuera gritando como un loco y profiriendo maldiciones; y, por último, para terminar, arrojó el cencerro, que ahora de nada le servía, a la tranquera, haciéndolo añicos. ¡Oh, aquel, cencerro! ¡En cuántas ocasiones y en cuántas pulperías no se habíapreciado, ya ebrio, ya en su sano juicio, de su melodioso sonido de largo alcance, aquel expresivo son que en el silencio de la noche le comunicaba que su querida tropilla estaba segura! Ahora saltó encima de los trozos del cencerro, enterrándolos en la tierra; en su furia, habría sido capaz de desenterrarlo otra vez, para molerlos hasta hacerlos polvo con sus dientes.

Los niños, inquietos, rebullían en su camas, soñando de la niñita perdida en el desierto; y el desconocido, medio despertó, murmurando:

"-Animo, Torcuata..., que no se te rompa el corazón..., alma de mi vida, el **Niño** te traerá de vuelta... sobre mi pecho, rosa fresca, rosa frescal!"

Entonces las manos volvieron a desplegarse, y el murmurio se apagó.

Gregorio despertó enteramente, y adivinó al instante la causa del clamoreo:

-¡Madalena ¡Mujer! -exclamó-. Escuchá a Policarpo; ¡el **Niño** lo ha hecho pagar su insolencia ¡Qué tonto, le previne y no me 'hizo caso!

Pero Magdalena no quiso despertar, y así, escondiendo la cabeza debajo de la colcha, Gregorio le hizo temblar la cama de sofocada risa, tanto le agradaba la que le había jugado el **Niño** al baladrón de su primo. Cesó de súbito la risa y asomó la cabeza otra vez, revelándose a la escasa luz del madrugar un rostro preocupado y, solemne, pues había pensado de repente en su bonita hija, que dormía en la pieza vecina. ¿Dormiría? Era más que probable que estuviera bien despierta, pensando en su dulce amante, cuyo caballo en ese momento, en su arrancada hacia el Sur, estaría rozando con sus cascos el rocío del blanquecino pasto de la pampa, dirigiéndose a todo correr alcorazón de aquella vasta soledad. Tal vez su hija también escucharía al bandido de su tío, dirigiendo apóstrofes a las estrellas, mientras que con su facón hacía en la tierra dos profundos tajos, de unas tres varas de largura, en forma de cruz, símbolo sagrado, sobre el cual, al terminarlo, pensaba jurar y una horrible venganza.

-¡Falta -murmuró Gregorio- que el **Niño** no vaya también a jugármela a mí en este rancho.

Cuando supo el desconocido al día siguiente lo que había pasado, pudo mejor comprender la razón por la cual el **Niño**, le había dado esa precaución la noche anterior; ni le desconcertó, por cuanto le parecía que era mucho mejor que un hombre malicioso perdiera su tropilla, a que el Niño emprendiera una aventura como ésa mal montado.

"No debo olvidar -pensó Policarpo, al alejarse en un caballo que le había prestado su primo- estar en el Tandil en quince días, con mi facón bie afilao y mi trabuco cargao con un puñao'epólvora y con no menos de veintitrés balitas."

¡El tal **Policarpo del Sur**, como vemos, no entendía de bromas. Se halló presente en el lugar de la cita al tiempo señalado, balitas y todo; pero el imberbe y misterioso **Niño Diablo** no acudió, y aún más

raro todavía, tampoco se presentó el tal de la Rosa de cara asustada, para encontrarse con su perdida Torcuata. En la noche del quinzavo día, de la Rosa estaba en Languayú, en el nuevo rancho que acababa, de reedificar, con la ayuda de algunos pocos vecinos. Durante toda aquella noche permaneció sentado a solas, al lado del fogón, meditando sobre muchas cosas. Si sólo pudiera recobrar la esposa que había perdido, diría un largo "adiós" a aquella desolada frontera, y la llevaría al otro lado del mar, a aquella casa de campo de piedra, sombreada por los árboles de Andalucía, que había abandonado de muchacho, y donde sus viejos padres aún vivían, jamás pensando' que fueran a ver otra vez al hijo vagabundo. Había tomado una resolución: vendería todo lo que tenía, todo, menos una porción de terreno en Languayú, con el rancho recién construido; y al **Niño Diablo**, su libertador, le diría: "Vea, amigo, aunque usted desprecia las cosas que otroh' estiman, tome este pedazo de terreno y este pobre rancho; hágalo por la niña Magdalena, a quien ama, pueh' entonces tal vez sus padres no se la negarán."

Todavía meditaba sobre estas cosas, cuando algunos pechi-rojos -aquel alegre cantor de la solitaria pampa- se posaron sobre el techo de totora de su rancho, entonando su jovial y atolondrada música invernal, y avisándole que estaba amaneciendo. Y todo aquel día, bien fuese a caballo o a pie, sus pensamientos estaban con su Torcuata; y cuando se acercó la noche, su corazón estaba enfermo de la ansia e incertidumbre, y subiendo por la escalera apoyada en el alero del rancho, se paró en el techo, mirando hacia el, Oeste, a la azulina lontananza. El sol, grande y de color encarnado se hundió en el enorme mar verde de grama, y de todas partes de la pampa se elevaban las dulces notas silbadas del tinamú, reclamándose los unos a los'otros.

"¡Ay, si sólo yo pudiera penetrar la bruma, con -murmuró-, que pudiera ver a unos cien la vista leguas de distancia y mirar en este momento a tu querida cara, oh, Torcuata!"

Y en efecto, Torcuata estaba en ese momento a cien leguas de distancia; y si la maravillosa vista que deseaba de la Rosa le hubiese sido concedida, esto es lo que hubiera visto: Una llanura, vasta y

estéril, escasamente poblada de amarillos penachos de grama y espinosos arbustos, y en su extremo meridional, obstruyendo por ese lado la vista, una cadena de bajos cerros, en forma de dunas. Sobre esa llanura, hacia la cadena, muévase un grupo de hacienda -quince o veinte mil cabezas-, siguiéndolos una esparcida horda de salvajes, armados de largas lanzas. En el centro, formando un pequeño y compacto cuerpo, cabalgan los cautivos, mujeres y niños. En el momento preciso en que el orbe encarnado toca el horizonte, atraviesan la cadena y, ¡eh allí!, un dilatado y hermoso valle, con manadas y rebaños pastando, y algunos árboles aquí y allá, y el azulino reflejo de agua de una serie de lagunas. Allí, en plena vista, está la toldería de los indios, con el humo elevándose tranquilamente de ella. A la vista de la querencia, los salvajes prorrumpen en fuertes y triunfales gritos de placer, a los que responden, mientras van acercándose, estridentes alaridos de bienvenida lanzados por sus moradores, consistiendo en su mayor parte en mujeres, niños y viejos.

Es pasada la medianoche; ya se ha puesto la luna nueva; las últimas llamaradas de los fogones van apagándose; los -gritos y el agitado vocerío han terminado, y los fatigados guerreros, después de haberse hartado comiendo la dulce carne de yegua, se han quedado dormidos en sus toldos, o tendidos en el suelo, afuera de ellos. Sólo los perros están todavía excitados y mantienen un incesante ladrido. Aun las cautivas, todas amontonadas en un mismo toldo, en el centro del campamento, cansadas, después de su largo y rudo viaje, por último, sollozando, se han quedado dormidas.

Finalmente, una de los atribuladas mujeres, despierta, o media despierta, soñando que alguien la ha llamado por su nombre. Pero, ¿cómo? ¡No puede ser! No obstante, su propio nombre parecele zumbar en sus oídos, y, por fin, enteramente despierta, se pone a escuchar intensamente. Otra vez oye: ¡Torcuata!, en una voz finísima, como el sonido que produce la trompetilla de un mosquito, pera tan aguda y clara que le hormiguea los oídos.

Se endereza, y de nuevo se pone a escuchar, y una vez más oye "¡Torcuata!. "¿Quién habla?" pregunta ella pavorosamente, en voz

baja. la voz, siempre fina y pequeña, responde: "Salí de entre las mujeres y andá hasta que toqués el toldo."

Temblando de susto obedece, y se desliza por entre las mujeres y los niños, que duermen, hasta que topa el lado del toldo. ¡Entonces la voz cuchichea otra vez: "Seguí alrededor del toldo, hasta que veas una rayita de luz por una hendidija al otro lado." De nuevo hace lo que se le ordena, y cuando llega donde está la rayita por donde pasala tenue luz, la bendija se abre de repente y penetra un brazo, que circunda su cintura: y al instante es sacada afuera y ve las estrellas en lo, y a sus pies, negruzcas formas de hombres, que duermen, envueltos en sus ponchos; pero nadie despierta, no se da ninguna alarma, y en muy pocos minutos está montada a caballo, a horcajadas, y en pelo, volando por la obscura llanura, con el nebuloso bulto de su misterioso libertador a unos pasos adelante, arriando como veinte o más caballos. El **Niño Diablo** sólo ha pronunciado unas cuatro palabras desde que libertó a Torcuata, pero ellas han bastado para hacerle saber que la está llevando a Langueyú.

GLOSARIO

Al ñudo: en balde.

¡*Ay juna!*: interjección gauchesca

Bagual: caballo salvaje o mañero.

Carancho: ave de rapiña sudamericana.

Caracú: tuétano, médula de los huesos.

Cimarrón: animal salvaje, montaraz.

Estancia: establecimiento de ganadería.

Facón: puñal de gaucho.

Flete: caballo brioso, corredor.

Lata: sable.

Mate: la vasija de calabaza en la que se prepara la infusión de hierba del Paraguay, bebida clásica del gaucho; también se llama mate la bebida misma.

Mangangá: nombre guaraní de la abeja cimarrón, de gran tamaño.

Matrero: ladrón de caballos o ganado.

Matriar: robar caballos.

Ñandú: nombre guaraní del avestruz americano.

Ombú: árbol muy grande de la familia de las filotáceas, muy característico de la Pampa.

Pago: distrito o vecindario rural.

Pajuerano: forastero.

Parejero: caballo de carrera de la Pampa.

Pava: tetera que se emplea para el mate.

Peludo: armadillo cubierto de pelo.

Pericón: baile popular rioplatense.

Petizo o Petiso: caballo de corta alzada.

Pilcha: cada una de las piezas del recado; también se aplica prendas personales.

Porra: porción de pelo enmarañado.

Pulpería: tienda donde se venden por menor bebidas alcohólicas, y también comestibles.

Rancho: choza con techo de paja o totora.

Rejucilo: refucilo, relámpago.

Retrucar: replicar, contradecir.

Tranquera: puerta en un cerco hecho de trancas.

Truje: traje, tercera persona singular de traer.

Tosca: nombre que dan en la Argentina y en el Uruguay a una roca blanca de textura terrosa que se encuentra en casi toda la ribera del Plata.